



Los Hermanos de Jesús

Noticias para los amigos de la Fraternidad

II semestre 2024 - Nº 39

BOLETÍN SEMESTRAL de los HERMANOS DE JESÚS

Para cualquier tipo de comunicación en relación a este Boletín de noticias dirigirse a:

Francisco Muñoz Beltrá
Hermanos de Jesús
C/ Puerto Oncala 7, 2º H
29003 - MÁLAGA
preferiblemente a:

hnosjesus@gmail.com

www.hermanosdejesus.es

Este pequeño folleto se compone habitualmente de extractos de cartas, normalmente conocidas como “diarios” en la Fraternidad. Los Hermanos las escriben libremente para compartir su vida con el resto de fraternidades repartidas por el mundo. Esperamos que esto que os comunicamos os pueda interesar y estaríamos encantados de recibir vuestras sugerencias

Esta pequeña revista se distribuye de manera completamente **gratuita** para no limitar su difusión. Sin embargo, si alguien quiere contribuir a los gastos de impresión y envío puede hacer su aportación a esta cuenta:

IBAN: ES92 1491 0001 2821 0166 7521

Portada: Is 62: “...hasta que rompa la aurora de su justicia y su salvación llamee como una antorcha...”

Estimadas lectoras y estimados lectores, queridos amigos y amigas: Con este segundo boletín de 2024, queremos informarles que a partir del año que viene, 2025, sólo recibirá UN NÚMERO al año.

Esta elección se ha hecho a regañadientes, y sabemos que muchos de ustedes la lamentarán; pero, desgraciadamente, con el tiempo, a medida que disminuye el número de hermanos, se escriben y publican menos diarios, por lo que acabamos teniendo un número insuficiente de textos para una publicación semestral.

Estamos seguros que lo comprenderán, y les agradecemos mucho la cercanía que a menudo nos muestran compartiendo con nosotros el deseo de seguir a Jesús de Nazaret tras las huellas de Carlos de Foucauld.

En este tiempo de gran sufrimiento para muchos, os deseamos la esperanza que viene con el advenimiento de Jesucristo.

Encuentros en el hielo

Si se mantienen los ojos abiertos, el trabajo puede ser un lugar de encuentro entre personas muy diferentes: es lo que nos cuenta Kuba, nuestro joven hermano polaco, sobre su trabajo de mantenimiento en un campo de deportes.

Queridos hermanos: actualmente vivo con mis hermanos en Truskaw (cerca de Varsovia) en una casa que linda con un bosque. Me gustaría compartir mis impresiones sobre el trabajo que realizo desde hace más de dos años. Trabajo en el mantenimiento de unas instalaciones deportivas. En invierno también abrimos una pista de hielo para patinar y este año además alquilamos



Kuba

patines. Todo es público y gratuito. Hay mucha gente a la que le gusta patinar sobre hielo y aunque normalmente sólo trabaja una persona por turno, los fines de semana por la tarde somos dos. Durante la semana los niños y los adolescentes del colegio vienen por la mañana y a primera hora de la tarde, a veces hay tres o cuatro clases al mismo tiempo y casi todos utilizan patines de alquiler. Además tenemos que preparar la pista con una máquina y hacer la limpieza de las instalaciones, la vigilancia, la entrega de llaves, etc.

Me alegro que la pista y el alquiler de patines sean gratuitos porque gracias a ello la utilizan muchos ucranianos, familias con muchos hijos y gente sencilla que no puede permitirse comprar unos patines. Hace poco Artem, un obrero de la construcción ucraniano, vino a visitar varios días seguidos a su mujer y a sus tres hijos. Como estaba de vacaciones esos días patinaron mucho en familia. También conocí a una madre con dos niños (de unos 7 años). Uno que es muy movido y habla mucho y bien, siempre está bromeando; otro hijo es ciego. El más hábil se encarga de



Sentados de izquierda a derecha: Kazek, Wojtek, Xavier (hermano de paso), Andrej, Slawek, Filip. De pie: Kuba, Rodrigo y Mirek

todo, alquila patines y traduce todo del ucraniano al polaco. La mamá patina con su hijo ciego sosteniéndolo de los brazos...



Kuba conversando con Wolfgang (un hermano alemán)

Vienen deportistas con su ropa de-

portiva de colores y obreros que huelen a cerveza y a tabaco con acento oriental. Hay niños de tres y cuatro años junto a personas mayores de sesenta. Jóvenes de buenas familias invitan a chicas adolescentes que van perfectamente maquilladas y entre ellos hay patinadores locos que se lanzan bolas de nieve. Y junto a las pandillas hay distinguidas abuelas, que quizá por primera vez en su vida, establecen relaciones internacionales con gente de su edad del otro lado del río Bug (de Ucrania).

La pista está abierta al público...

Kuba



A medida que envejecemos, a menudo nos encontramos desafiados con respecto al mundo que nos rodea, y también tenemos que aceptar nuevos límites físicos y psicológicos. ¿Cómo podemos ver estas etapas como etapas de crecimiento? Bruno, de Italia, nos lo cuenta de forma muy sencilla...

“No podemos escapar a la impotencia porque forma parte de nuestra existencia finita. Sin embargo, podemos reaccionar ante ella, ya sea resignándonos, ya sea mediante la agresividad o bien, dándole una forma creativa.

Anselm Grün: “Autoestima y aceptación de la sombra”

René Voillaume escribió que “en el curso de nuestra vida” siempre hay una “Segunda llamada”. Pues bien, en lo que a mí respecta, mi trayectoria ha sido una llamada permanente. Ruptura y continuidad a la vez, una sucesión de experiencias sin remordimientos y nuevas elecciones sin tener nunca la certeza de una llamada definitiva. Llamadas que se han sucedido como eslabones de una cadena que no pueden mantenerse unidos si no están conectados entre sí.



Bruno

no pueden mantenerse unidos si no están conectados entre sí.

Una vida más bien nómada, un largo camino rico en compromisos y entusiasmos, pero también marcado por pérdidas, caídas y estancamientos. Pero jamás en estos 85 años he firmado una “capitulación” o un “tratado de estabilidad”, como si sintiera que “he llegado al final”.

Así es como he llegado hasta aquí, a esta venerable edad, estando “todavía en camino” y siendo un nómada...

Estos últimos años, creo que he empezado a comprender que se aprende a envejecer igual que se aprende a vivir. Por eso estoy empezando a darme cuenta de que envejecer es hermoso, aunque la edad vaya acompañada de desgarros interiores y de una profunda soledad, más que en otras etapas de la vida. En el pasado, pude domar o suprimir esta soledad mediante el activismo y proezas que me hacían sentir el éxito y sentirme realizado; hoy, estoy empezando a vivir con esta soledad de una manera positiva y serena.

Me siento una persona más frágil, que necesita una nueva forma de posicionarse con los demás, con el mundo y consigo misma. Eso forma parte del ciclo de la vida, por supuesto, y todo el mundo lo sabe, pero sólo lo experimentas cuando se siente el declive, la pesadez y la incapacidad de conseguir lo que quieres con tu propia voluntad. Todo esto empieza a ser evidente para mí y para aquellos con los que comparto la vida día tras día. Su cuidado especial, señal de afecto sincero, por supuesto, es también un recordatorio constante de que la fragilidad es, de hecho, el nuevo “estatus” de mi “ser” y que no puedo ocultarlo: ...no debo ocultarlo.

El descubrimiento y la aceptación de mis límites se convierten entonces en un camino de crecimiento y sabiduría, un don que pedir a Dios una y otra vez: *“La diferencia entre un genio y un loco es que el genio tiene límites”*, escribió en su día Albert Einstein. Algo hermoso de leer, pero muy difícil de vivir, sobre todo cuando los límites son evidentes y regularmente señalados también por los demás.

Ante esta situación, siento una agitación interior que hierve a fuego lento en mi alma y, cuando se trata de mis límites, a veces me cuesta admitirlos y, sobre todo, aceptarlos serenamente.



Bruno, Francesco, Christian y Carlo

Aparte de los desgastes físicos, me gustaría destacar dos aspectos igualmente importantes que marcan una nueva fragilidad a la que tengo que enfrentarme.

En primer lugar, la experiencia cotidiana de un mundo tecnológico, digital, en el que el papel creciente de la inteligencia artificial me perturba y me agobia. Sobre todo, cuando se habla de un progreso que no se puede parar y de la influencia de estas tecnologías en la estructura del hombre, dotándole de una nueva identidad humana propia de esta época. Los tecnócratas hablan de una cultura “transhumanista”, comparándola con las transformaciones históricas del descubrimiento del fuego, la rueda, o el paso del “homo erectus” al “homo sapiens”... y ahora al “homo transhumano”.

No sólo me siento superado por esta eventualidad, sino que además siento que estoy fuera de juego... definitivamente. Constato en mí una total incapacidad de comprender esos cambios desde un punto de vista técnico y me resulta también realmente imposible seguir el ritmo de ese progreso y la actualización constante de los nuevos avances.

Pero lo que más me afecta es que me siento rápidamente sobrepasado, incluso en situaciones sociales normales, encontrándome al margen de los argumentos que animan las conversaciones a mi alrededor y muy deprisa se apodera de mí una fatiga, un cansancio físico también y me encuentro desempeñando el papel de una simple peonza en el paisaje. Esto es muy molesto, a veces, para mi orgullo...

Y el segundo aspecto: soy incapaz de expresarme adecuadamente sobre mi vida de fe actual, o de ver con serenidad el lugar de nuestra vida de fraternidad en la iglesia local actual. Por último, también me siento incapaz de dar respuestas significativas a las preguntas y a las expectativas de este siglo XXI en relación con el “hombre religioso” que llevamos dentro.

Cada día me despierto, por tanto, bien lejos del mundo rural de la Cerdeña donde nací y que mamé con la leche de mi madre; del contexto africano que asimilé durante 18 años, y también de la mentalidad religiosa y eclesial de la cultura global contemporánea. A veces no sé dónde estoy ni cómo situarme, a veces floto y otras veces me hundo, en un intento constante de sobrevivir y avanzar.

Así es que es normal que me sienta desgarrado interiormente; creo que se trata de un reto social, cultural y religioso a escala mundial.

Sin embargo, siento cierta positividad cuando soy capaz de aceptar (con cansancio) estos desafíos y cuando acepto con realismo mis limitaciones físicas y mentales debidas a la edad, como un camino de crecimiento. Poco a poco, empiezo a creer que “viviendo al máximo” las motivaciones-certezas que hasta ahora han mantenido en mí el proceso de crecimiento (...como un hilo rojo), aunque quizás fueran expresadas de otra manera. Este hilo rojo puede dejar una puerta abierta a la esperanza y a la vida, incluso en estos tiempos vertiginosos de cambio de época.

A mis 85 años, estando todavía en activo y en el camino doy las GRACIAS.

Gracias por ser testigo de este periodo postmoderno/transhumano y gracias por una cierta lucidez mental, que alimenta mi interés por diversos temas que me resultan estimulantes y me ayuda a revisar continuamente mi camino en el contexto de la vida en fraternidad.

Gracias, sobre todo, por el don de la Fraternidad a mi vida. Es, de hecho, el contexto en el que mi persona se purifica y crece continuamente, se confronta, se apoya y se realiza.

Desde el primer momento en que oí la llamada a la Fraternidad, la percibí inmediatamente como una llamada a la comunidad.

Mi agradecimiento final también va dirigido a quienes, a lo largo de los años, me han ayudado a confrontar y descubrir aspectos de mi personalidad que tenía tendencia a ocultar y descartar. Sin esas innumerables personas, hermanos y no hermanos, me habría visto privado de la riqueza que mis zonas de sombra, que han sido puestas al descubierto por la vida fraterna y que me han ayudado a crecer hasta el día de hoy.

Actualmente vivo ese camino de purificación y de iluminación, de revisión y de crecimiento en la fraternidad de Brossasco (norte de Italia). Doy gracias a Dios por todo ello y también por los hermanos de carne y hueso que caminan conmigo: Christian, Francesco y Carlo, así como al círculo de amigos que nos vitalizan.

Una última palabra sobre la experiencia del miedo que puede perturbar el corazón de las personas mayores. Al ver que se acerca cada vez más el final del camino y la muerte, puede desencadenarse un sentimiento de miedo y ansiedad. A decir verdad, por el momento, vivo esta etapa con serenidad y sin miedo, e incluso con un cierto deseo interior de que el encuentro final con Él no se haga esperar demasiado. Por eso la muerte no me asusta, al contrario, me es entrañable; es la cinta que hay que cortar al final de la carrera, la puerta que me lleva a donde siempre he querido llegar, el encuentro con Aquel que siempre ha sido mi “perla”, mi “tesoro”, la razón de mis elecciones, “mi único bien”: Jesús de Nazaret.



Brossasco

Lo que a veces me molesta es el proceso de la muerte. Miedo de volverme inútil y una carga para los demás, de depender de ellos y complicar su camino; miedo al sufrimiento, sí, sobre todo porque ahora me es imposible prever si podré acogerlo con serenidad o no.

Terminaré con una cita de R. Pasolini en su libro “Un día dejaremos de morir”– *“Si permanecemos fieles a nosotros mismos, incluso cuando nos parece que ya no tenemos fuerzas, es como si empezáramos a dejar de morir”*. ¡Así es como me siento hoy!

Este diario nació de una revisión de vida en fraternidad y lo escribí durante el tiempo de Cuaresma. Quería compartir con vosotros un poco del misterio pascual que estoy viviendo hoy, a la luz del Nazareno, nuestro hermano universal. ¡Gracias por haberme leído hasta aquí!

Ciao a todos.

Bruno

«Un camino de humanidad descubierto gracias a mis vecinos»

Una de las grandes riquezas de nuestra vocación es, sin duda, que nos permite descubrir tesoros de humanidad en la vida de quienes nos rodean: así nos lo cuenta Stanko a partir de la vida y la muerte de su vecino Anđelko, en un barrio de Zagreb, Croacia

Queridos hermanos,

Desde hace algún tiempo, constatamos y nos lamentamos que en la Fraternidad escribimos muchos menos diarios. Para ser sincero, tengo que reconocer que mis diarios también brillan por su ausencia. Así que, en lugar de lamentarme, me siento empujado a empezar a escribir uno. Quizás otros van a hacer lo mismo sin esperar demasiado.

Voy a empezar con una muerte que nos afectó mucho a Janez y a mí. Durante muchos años, dos de nuestros vecinos más cercanos estaban gravemente enfermos con dos tipos de cáncer muy diferentes. Nuestra vecina Zora, operada de cáncer de mama hace unos diez años, llevaba una vida bastante normal hasta



Stanko

hace unos dos años, cuando el cáncer le atacó los pulmones. Después de eso, durante un primer periodo no se encontraba nada bien pero con el tiempo se recuperó y con la ayuda de un andador pudo apoyarse en él y mantener el equilibrio con más seguridad, entonces empezó a salir casi todos los días. Le pregunté qué pensaban los médicos. Ella me dijo que no lo entendían y que estaban sorprendidos de cómo

se había puesto en forma y que su estado superaba todas sus expectativas. Hasta el momento en que empezaron los problemas pulmonares, ella siguió agasajándonos con sus pasteles.

Pero de lo quería contaros es la enfermedad y muerte de Anđelko, su yerno. Hace más de diez años los médicos le descubrieron un tipo de cáncer muy raro en la boca. Desde entonces fue de operación en operación (unas diez) terminando con más plástico que carne y hueso en la boca. A pesar de todos los esfuerzos de los médicos y las repetidas sesiones de radio y quimioterapia, no lograron erradicar del todo el cáncer. En los dos últimos años la enfermedad empezó a deformarle gravemente el lado derecho de la cara. Con el tiempo también se vió afectada su garganta. Al final sólo le podían alimentar a través de una sonda estomacal con lo que cada vez estaba más delgado y débil... sentíamos que el final estaba cerca. Anđelko tenía 57 años cuando murió.

La fecha del entierro y la incineración, a pesar de haberla fijado mi hermano Janez, cayó en un día muy malo para él pero estaba decidido a asistir. Como en el barrio no pusieron ninguna esquila de su muerte no esperábamos que hubiera mucha gente en el crematorio. Cuando llegamos, no podíamos creer lo que veían nuestros ojos, un entierro como muy pocas veces se ve. Había un “río” de gente relativamente joven que avanzaba para despedir al difunto y mostrar su cercanía y simpatía a sus familiares. Al día siguiente me encontré con la abuela, su hija y la esposa del fallecido y les pregunté si esperaban un funeral con tanta gente o si había sido también una sorpresa para ellas. La abuela respondió: “Nunca se había visto un funeral así”. Pero, ¿de dónde venía toda esa gente? ¿Eran principalmente del mundo del deporte? “Sí, muchas, pero literalmente de todas partes en las que Anđelko había trabajado, enseñado, competido, etc.”. Les dije: “Eso dice mucho del tipo de persona que era Anđelko”. “Sí, muchísimo”.

En el funeral, sólo habló una persona pero todos los demás hablaron con su presencia. El que viniera tanta gente significaba que Anđelko era un hombre fundamentalmente bueno, que en algún momento de su vida esta persona les había sido cercana o había ido a su encuentro. Probablemente ni Anđelko ni las personas de esta multitud eran conscientes de la magnitud “humana-divina” de esta cercanía (cf. Mt 25).

Estimaba a Anđelko. Siempre que era posible, nos invitábamos a tomar un café, una vez en nuestra casa y otra en la suya. Durante los últimos años de su enfermedad y sobre todo cuando empezó a decaer gravemente me hubiera gustado acompañarle mejor, ayudarle a vivir la última etapa de su vida y a morir en paz. No encontré otra manera de hacerlo que estando cerca de él. Después de su fallecimiento (murió solo en su casa), su vida y su muerte empezaron a cuestionarme seriamente. Había sufrido mucho pero nunca le oí quejarse ni mucho menos dar muestras de cólera o de rebelión contra su destino. De vez en cuando



*La casa blanca corresponde a la fraternidad
y la que le sigue es la casa de Anđelko*

le decía cuánto admiraba su manera de llevar su cruz, su fortaleza, su paciencia, su resistencia y su discreción. Era cristiano pero no practicante. Ya he sugerido más arriba que mi esperanza para él se basa en Mt 25. Creo profundamente que también por la cruz que llevaba, por la forma en que la llevaba, Jesús lo unió estrechamente a su propia cruz y asociado a la cruz de Jesús se le asocia también a su resurrección, a su nueva Vida.



Stanko en una foto reciente

¡Gracias, Anđelko, por tu vida! Debería escribir otro diario sobre Dinka (su mujer): su vida con un marido gravemente enfermo, su madre, sus dos hijos, el trabajo, etc. Pero por hoy creo que es suficiente.

Stanko



«Que mis certezas se tambaleen, para que pueda salir al encuentro de la gente...»

Irse a vivir a una cultura distinta de la propia desconcierta al principio, pero después puede ser muy enriquecedor: ésta es la experiencia de Christophe. Y le ha dado ganas de abrirse más profundamente a las familias musulmanas de su barrio de Lille.

Queridos hermanos,

Cuando salí del noviciado en 2002 llegué a Lille (en el norte de Francia) y es en esta ciudad donde he vivido como hermano, bien en la fraternidad de Lille-sud o bien en la fraternidad del Boulevard de Metz donde vivo ahora. Es una fraternidad federal (Hnos de Jesús + Hnos del Evangelio) en la que somos cuatro: Gabriel, Gianluca e Yves que son hermanos del Evangelio y yo. Hace cinco años que trabajo en una escuela para alumnos con discapacidad (12 niños de 6 a 11 años). Les ayudo con el aprendizaje escolar e intento favorecer su integración entre los demás alumnos de la escuela.



Christophe

En 2002, Jean-Louis Reure que era el hermano responsable del noviciado, me propuso pasar un tiempo fuera de Europa durante mi formación. En aquella época, nunca había salido de Francia y vivía muy bien así. Esta propuesta me pareció un poco sorprendente, pero con el tiempo creció en mí el deseo de descubrir la vida en otras culturas. Para vivir como hermano, tenía que abrirme un poco más a la acogida de las diferencias. Después de un

periodo de diálogo con los hermanos de la región de Francia y de la Fraternidad General, nos pareció interesante pasar unos meses en España con los hermanos de Málaga. Así, a principios de 2005, aprendí algunas nociones de español y conocí a estos hermanos antes de irme un año a América del Sur. Durante esta estancia descubrí realidades muy diferentes en Chile, Paraguay y Bolivia, pero fue en Argentina donde viví más tiempo. Mi fraternidad fue la de Monte Grande, en los suburbios de Buenos Aires. Allí conocí a los hermanos que me acogieron: Daniel, Álvaro, Carlos y Pablo. Vivíamos en relación estrecha con los hermanos de San Justo: Domingo y Chico. Nos visitábamos todas las semanas.

El comienzo de mi estancia en Monte Grande fue para mí un choque violento. No me había preparado para una realidad tan diferente a la de Francia. Me costaba entender a la gente porque no hablaba bien su lengua. Pero también, y a un nivel más profundo, me sentí zarandeado por su modo de vida y sus prioridades. Me sentía muy solo. Esta incomprensión también era hacia la forma de hacer de la fraternidad. No entendía lo que los hermanos quisieran vivir en esta realidad argentina. Estaba lleno de certezas sobre la vida de un hermano y juzgaba con facilidad basándome en las referencias sociales que había heredado a través de mi educación y de mi vida en la fraternidad de Francia. Sólo después de tres meses las cosas empezaron a mejorar porque intenté escuchar antes de hablar, comprender antes de juzgar y con el paso de los días me di cuenta de que tenía que relativizar mis certezas. Podíamos vivir de otra manera, incluso dentro de la fraternidad, y al final eso tampoco estaba nada mal. Este viaje interior me permitió vivir en paz y disfrutar de los encuentros que iba teniendo, incluso empezaba a apreciar que me desconcertaran las diferencias porque descubrí que había una riqueza en ellas. Al comprender mejor a mis hermanos, empecé a quererlos más y se crearon fuertes vínculos con ellos. Los vecinos, los compañeros de trabajo y amigos se volvieron cada vez más interesantes para mí y además eran realmente

entrañables. Esa es una de las cosas que guardo de esta fuerte experiencia en América del Sur, donde dejé parte de mi corazón: el contacto con la diferencia como forma de vida de un hermano, un contacto incómodo que te remueve por dentro pero que es fuente de vida y alegría. Creo que las diferencias que encontramos a diario a través de nuestras opciones de inserción nos abren a acoger la alteridad de Dios en el Reino. Un Dios totalmente diferente y al mismo tiempo infinitamente cercano, hasta el punto de habitar en nosotros.

Cuando volví a Francia, este gusto por el encuentro con personas diferentes siguió creciendo. Cuando fundamos la fraternidad del Boulevard de Metz en 2011, me pareció muy interesante que ocho de cada diez familias de este barrio popular fueran originarias del Magreb (especialmente Marruecos y Argelia) y musulmanas. Crear lazos con estas familias, conocerlas y comprenderlas mejor, eliminar nuestros prejuicios para encontrarnos de verdad... está en el centro de nuestra vida. Estas familias nos acogen muy bien, aunque necesitemos tiempo para conocernos. En Francia hay grandes fracturas entre personas de distintas comunidades culturales, nos cruzamos sin encontrarnos, convivimos sin conocernos. La desconfianza es grande y las



En la escuela con dos alumnos

familias de origen extranjero de nuestros barrios viven un gran sentimiento de frustración. Se sienten rechazados, víctimas de la injusticia, abandonados por las autoridades como ciudadanos de segunda clase. De vez en cuando, los jóvenes expresan esta frustración con violencia y estallan disturbios: Queman contenedores de basura, coches y edificios que representan para ellos al Estado francés y la policía también responde con violencia. Me digo que los lazos de respeto y amistad que intentamos crear a diario con esta población son un grano de arena, pero tienen el mérito de que son una realidad.

La forma en que miramos a las personas tiene un efecto en ellas. Trabajar en una escuela con niños me ha permitido medir el impacto de una mirada benevolente en el crecimiento de los niños, una mirada que ve la belleza y la riqueza de una persona. Una mirada que dice “¡tú vales!” o “¡eres capaz de hacer cosas hermosas en tu vida!”.

Hay pasajes del Evangelio que me llaman especialmente la atención en los últimos años. En ellos, descubro cómo Jesús mira a las personas que son muy diferentes de él, personas que a menudo son despreciadas por la sociedad. En el Evangelio de Juan, la Samaritana se sorprende mucho cuando Jesús le pide “dame de beber”, mientras que los judíos no quieren tener nada en común con los samaritanos. Jesús cruza esta línea divisoria para entablar un diálogo con ella.

En el Evangelio de Mateo (Mt 8, 5-13), Jesús admira la fe de un centurión de la guardia romana. No era judío, era un hombre de otra cultura, de otra religión que le dijo: “Señor, yo no soy digno de que entres en mi casa, pero sólo di una palabra y mi criado sanará”. Este centurión, que creía firmemente en el poder sanador de Jesús, había reconocido sin duda su vínculo especial con Dios. Jesús continuó: “Por eso digo que vendrán muchos de oriente y de occidente y se sentarán en el banquete con Abraham, Isaac y Jacob en el Reino de los cielos...”. Todo el mundo está invitado a este banquete.

No es el origen étnico o religioso lo que conduce a una persona al Reino, sino la sinceridad de su fe en Dios.

Al vivir en contacto con las familias árabes-musulmanas de nuestro barrio, intentamos entablar una especie de diálogo en nuestra convivencia diaria. Se traduce en un compartir de pasteles o platos de cuscús, pequeños trabajos de bricolaje para nuestros vecinos del rellano y ayudamos a los niños en el refuerzo escolar. Yves se suele sentar en uno de los bancos cercanos a nuestro edificio charlando con personas mayores o discapacitadas, o tocando la guitarra con un vecino...

Otro tipo de diálogo que me atrae desde hace años es el diálogo entre cristianos y musulmanes. Hace dos años se creó un pequeño grupo en el que los musulmanes de una cofradía sufí (rama espiritual del Islam) se reúnen regularmente en un salón de la parroquia. De ahí surgió la idea de reunirnos y hablar juntos de nuestra fe en Dios. Y así empezó la aventura. El grupo cuenta ahora con ocho miembros: cuatro cristianos católicos y cuatro musulmanes. Pasamos una tarde juntos cada tres meses, compartimos una comida y luego hablamos sobre un tema. Por



Gabriel, Ives, Gianluca y Christophe

ejemplo, hemos hablado de la oración, la vida espiritual, el ayuno y nuestra relación con la Virgen María. Estoy sorprendido de la confianza que reina entre nosotros desde el principio, podemos expresarnos con facilidad. El interés por la fe de los demás es el motor del grupo, pero también el deseo de crear lazos de amistad. Estos lazos me dan mucha alegría porque ayudan a cruzar la brecha causada por nuestras diferencias religiosas. Y



Christophe en un reciente encuentro de hermanos de Europa

mientras miro alrededor de la mesa a cada uno de nosotros comiendo, me digo que nuestra modesta comida se parece a aquel banquete con Abraham, Isaac y Jacob en el Reino de los Cielos, un banquete ofrecido a muchos venidos de oriente y occidente, felices de estar aquí, unidos en nuestras diferencias.

Queridos hermanos, un abrazo con todo mi afecto.

Christophe

Reglas de buena conducta...

Benoît trabaja como chófer para una asociación que presta servicios a personas mayores en Toulouse, acompañándolas cuando van de compras o a sus citas. Se pasa el día en un coche, donde aprende algunas «normas de buena conducta».

Queridos hermanos:

Me gustaría hacer una meditación sobre “conducir un coche”.

Cuando estoy sentado al volante en mi trabajo, a menudo me siento cuestionado por mi propio comportamiento y por el de los demás.

El coche es un espacio cerrado que a veces te permite desahogarte, de forma más o menos agresiva, contra tus semejantes. Sin embargo, hay muchas lecciones que aprender.

En primer lugar, intento no acercarme demasiado al coche que me precede, porque a mí mismo me cuesta soportar que se me peguen demasiado... Es una lección para mi vida en general; en la vida cotidiana, debo intentar evitar “fusionarme” con los demás. Esto es la tan deseada castidad.



Benoît

Otra metáfora arroja luz sobre esto: cuando sigo a un vehículo que parece peligroso, tengo que observarlo, “anticipando” un posible fallo del otro conductor que podría ser fatal y provocar un accidente... Así pues, en la vida cotidiana, tengo que ser “prudente” “observando” mi “conducta” de los demás.

Es importante también “la concentración”.

También necesito ser consciente de que soy un conductor “normal” y no pensar que soy el mejor conductor porque podría llegar a ser peligroso. Así que necesito ser “humilde” en relación con mis semejantes, teniendo en cuenta que la mayoría de los conductores no intentan perjudicarme. Conducir no es una “competición”, reflejo del valor dominante de nuestra civilización, un valor adulterado y mortífero...

Conducir un coche puede generar “contemplación” ante escenas conmovedoras o ante magníficos paisajes. Pero la “atención” debe prevalecer en

estas situaciones, el buen funcionamiento de mi vehículo depende del buen mantenimiento del motor y de su cuidado.

Tendría aún muchas cosas que añadir, pero ahora tengo que acompañar a un señor mayor a renovar su carné de identidad en el ayuntamiento y mantener una relación “ajustada” con este señor...

Nada de esto sería posible sin la ayuda de mi ángel de la guarda, que a menudo me ha salvado de accidentes y le estoy muy agradecido.

Respetar a los más vulnerables... Peatones y ciclistas, a pesar de su comportamiento a menudo ignorando las normas de circulación. Del mismo modo, con la comunidad, sabiendo respetar a mi hermano en situación de vulnerabilidad para no hacerle aún más daño.



Acompañando a una anciana

Otra cosa de la que me he dado cuenta es que cuando pongo el intermitente es para manifestar mi intención de cambiar de dirección y avisar a uno o a varios conductores. Cuando convivimos como seres humanos, debemos ser solidarios y reconocer las decisiones de los demás. Lo que se trata de decir cuando ponemos el intermitente es lo que tenemos la intención de hacer (cambiar de dirección) y debemos hacer lo que hemos dicho o indicado que vamos a hacer. Esto es también una regla de oro para vivir mejor en comunidad. De este modo, te haces “comprensible y coherente” a los ojos de tu hermano.

Por otra parte, en la vida cotidiana, me encuentro a menudo indeciso por falta de confianza en mí mismo; sin embargo, cuando conduzco, me siento confiado y seguro. Cuando creo que puedo hacer una determinada maniobra no dudo y con ello hago que el otro conductor se sienta más seguro. Esto me lleva de nuevo a mi vida comunitaria: si dudo demasiado a menudo puedo hacer que mi hermano se sienta “inseguro”.

Por último, como ciclista que soy, intento respetar los semáforos porque dependo, como un automovilista, del cumplimiento del código de circulación. Existe un civismo compartido entre automovilistas y ciclistas.

En nuestra sociedad, supuestamente avanzada, a menudo cometemos el “pecado de estado”, es decir, traicionamos los códigos de comportamiento adecuados y entonces dejamos de ser identificables para nuestros semejantes. Huimos de nuestra propia identidad y nos inventamos otras que no se corresponden con nuestra propia personalidad. A veces pienso, cuando veo ciclistas por la noche sin luces en sus bicis, que inconscientemente se están haciendo “invisibles” para sus semejantes. Es el colmo del individualismo contemporáneo, que está pudriendo nuestra sociedad, supuestamente avanzada.

Ahí os dejo, hermanos, una lista de algunas virtudes para trabajar en mi vida cotidiana.

Os mando un fuerte abrazo,

Benoît

«Venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad».

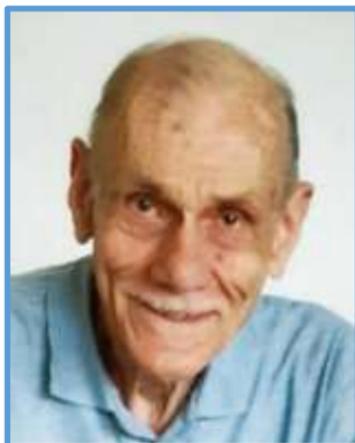
No es frecuente que los hermanos hablen de lo que impregna su oración. Paul-François, de Marsella, y Marc, de Lille, se han arriesgado: nos cuentan cómo el Padrenuestro alimenta su adoración diaria.

Como sabéis, estoy solo en la fraternidad de la calle des Orgues (Marsella) desde principios de año, tengo algunas visitas y estancias esporádicas pero espero un compañero permanente y deseo que sea pronto.

El otro día tuvimos una reunión fraterna y nos propusieron como tema la oración, lo que me llevó a reflexionar sobre mi oración e intenté escribir sobre ella.

Desde hace algún tiempo, tengo la costumbre de centrar mi tiempo de oración diaria en la segunda petición del “Padre nuestro”: “Venga a nosotros tu Reino”. “Padre, venga a nosotros tu Reino”. Me parece que esta petición contiene todo lo que podemos pedir. Cada vez más, me parece que no tengo nada más que pedir. Por eso, cuando mis pensamientos divagan en la oración, intento volver a esta petición.

Esta petición es el deseo de Jesús, y también su alegría, porque sabe que con la venida del Reino de Dios a este mundo, su Padre se hace más cercano. Todavía más cerca en virtud de su Pasión y su Resurrección. Es el deseo del Padre, que quiere asociar a su Hijo a la plena realización de este Reino vislumbrado por los profetas y celebrado en los Salmos. Es el deseo del Espíritu Santo,



Paul-François



a quien puedo pedir que venga para hacerlo crecer en mí y, poco a poco si es posible, ocupar todo el espacio de mi deseo personal más profundo.

¿No deberíamos decir que éste es también el deseo del mundo, aunque la mayoría de la gente no sea realmente consciente de ello? Sólo el Reino del Padre, al que Jesús está estrechamente asociado, puede traer al mundo la verdad, la justicia, la paz, todas esas cosas buenas que los hombres desean y buscan, aunque no siempre sepan qué camino tomar para conseguirlas. Por mi parte yo puedo pedir esto para ellos.

Este era el deseo de los primeros cristianos, Maran-Atha, 'Ven Señor Jesús', introdúcenos en el Reino de Dios, tu Padre. Sigue siendo el deseo de los que todavía hoy esperan que este Reino se realice, a pesar de los obstáculos y de los retrocesos de la historia, pero en una Esperanza que no puede ser defraudada y que siempre debo reavivar.

Participar en este deseo de que venga el Reino es tratar de adherirse a una realidad que sólo pertenece a Dios, que sólo Dios conoce verdaderamente y que sólo Dios es capaz de realizar. Significa también renunciar a describir este Reino, cuya realización sólo sé que removerá todas mis expectativas. Significa renunciar a muchos juicios sobre los demás y sobre el estado del mundo, juicios que sólo reflejan la incapacidad de mi visión, mi impotencia para ir más allá de mi propia experiencia limitada.

Para mí, esta oración, en su brevedad, en sus tres palabras, expresa a la vez la alabanza, la acción de gracias y



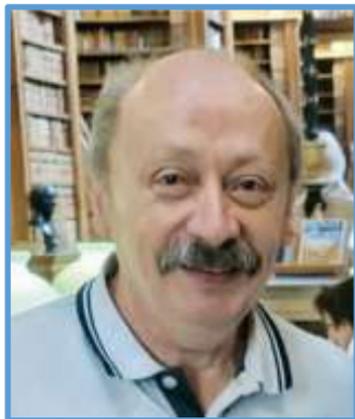
la intercesión. Y cuando me siento angustiado por el actual aumento de las guerras, por las amenazas de autodestrucción de la humanidad, siento también que nada puede plantar cara a esas angustiosas amenazas, salvo la promesa de Dios de que su Reino está por llegar.

Una cosa más: el hecho de haber vivido en un contexto islámico me hace más consciente del privilegio que tenemos los cristianos de poder rezar por el Reino y por el plan de Dios. En cierto sentido, rezamos a Dios para que se cumpla su plan. Él nos asocia a Su proyecto, lo pone, en cierto modo, en nuestras manos. Si Dios nos hace esta invitación, ¿cómo no vamos a hacer todo lo que esté en nuestra mano para responder? Aunque al mismo tiempo sienta tanta distancia entre lo que se me propone y mi lamentable respuesta.

Paul François

No sabía muy bien qué compartir en este diario, pero leyendo a Paul-François (que tengo la suerte de poder leer de antemano, ya que soy yo quien los textos para su publicación...), me ha dado una pista.

Como él, en mi oración cotidiana, a menudo llena de distracciones, vuelvo frecuentemente al Padre nuestro, que intento rezar con Jesús (*“Padre nuestro”*, el Padre de Jesús y el nuestro). Lo que me llama la atención y en lo que me detengo a menudo es en la petición que sigue a la que *“inspira”* a Paul-François: *“Hágase tu voluntad”*.



Marc

En nuestra cultura cristiana, y en todo caso en la formación que ha recibido mi generación, la voluntad de Dios es a menudo algo externo a nosotros, algo que se nos impone y que tenemos que aceptar, aunque vaya en contra de nuestros deseos. De acuerdo, Dios sabe mejor que nosotros lo que nos conviene, pero lo que quiere tiene a menudo el sabor de una imposición que no va en el sentido de nuestros deseos. Sin duda, que en el fondo está también la trágica oración de Jesús en el momento de la agonía: *“Padre mío, si es posible que pase de mí este cáliz. Pero no como yo quiero, sino como tú quieres”* (Mt 26,39).

Así que se convirtió para mí en una luz para dejarlo surgir en mi oración y “descubrir” lo que se nos dice sobre la voluntad de Dios:

“Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (1 Tim 2,4)

“Vuestro Padre que está en los cielos no quiere que se pierda ninguno de estos pequeños” (Mt 18,14).

“Esta es la voluntad del que me ha enviado: que no pierda a ninguno de los que me ha dado, sino que los resucite en el último día”. (Jn 6,39)

Por eso, cuando Jesús dice: *“Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra”* (Jn 4,34), estamos hablando del proyecto de vida: lo que Dios quiere son hombres y mujeres vivos. Sí, valió la pena que Jesús fuera hasta la muerte, no como respuesta a un acto arbitrario del Padre, sino como respuesta de amor fiel y prueba -costosa...- de que el amor es más fuerte que la muerte. *“Se entregó a sí mismo por nuestros pecados, para librarnos de este mundo malvado, según la voluntad de Dios, nuestro Padre”* (Ga 1,4).

Me llama la atención ver cómo los primeros discípulos integraron esto. Por supuesto, hay exigencias de vida para entrar en esta voluntad de Dios de que el hombre viva: *“La voluntad de Dios es que viváis santamente, absteniéndooos del libertinaje”* (1Ts 4,3),



Capilla de la fraternidad de Lille

pero en su deseo de vernos llenos de vida, Dios es paciente: “El Señor no tarda en cumplir su promesa, aunque algunos digan que tarda, sino que es paciente, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos lleguen a la conversión” (2P 3,9).

“El que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, éste es mi hermano, mi hermana, mi madre” (Mt 15,20): éste es el toque final. Entrar en este plan, en esta voluntad de vida que el Padre tiene para nosotros, nos introduce en la familia de Jesús, en la familia de Dios.

Pero Dios se ha atado las manos; al crearnos libres corre el riesgo de vernos rechazar este proyecto de vida, a veces me lo imagino en oración, mirando nuestro mundo y preguntándose: “¿Van a decir que sí?”

En mi imaginación, me veo sentado a su lado: “Yo, Marcos, ¿voy a decir sí? ¿Van a decir sí los hombres y las mujeres? *Padre, hágase tu voluntad*”.

LES VS
+
♡
CARITAS

<p style="text-align: center;">ARGENTINA</p> <p style="text-align: center;">Rauch 1280 1842 MONTE GRANDE (B.A.) apabloblanco@yahoo.com.ar</p>	<p style="text-align: center;">CHILE</p> <p style="text-align: center;">SANTIAGO noelmerand@yahoo.fr</p>
<p style="text-align: center;">COLOMBIA</p> <p style="text-align: center;">jorgetobonjaramillo@gmail.com</p>	<p style="text-align: center;">CUBA</p> <p style="text-align: center;">c/o Hermanitas de Jesús Av.43 (e/142 y 144) n° 14222 MARIANAO 15 LA HABANA 11500 hjesushabana@nauta.cu</p>
<p style="text-align: center;">ESPAÑA</p> <p style="text-align: center;">C/ Puerto Oncala 7, 2ºH 29003-MÁLAGA hnosjesus@gmail.com</p>	

Si usted ha observado algún error en su dirección o conoce alguna persona interesada en este boletín, le rogamos nos lo comunique, rellenando el siguiente cupón y haciéndonoslo llegar por correo ordinario o electrónico

Nombre y apellidos:

Dirección:.....

Código postal:..... **Ciudad:**.....

Provincia:..... **País:**

Correo electrónico:

Si desea recibir nuestros boletines por correo electrónico, escriba a hnosjesus@gmail.com indicando si los quiere recibir “solo en formato digital” o “en papel y digital”

GRACIAS

